

Dante Alighieri: La divina comedia

El Infierno (fragmentos de los cantos I y II)

CANTO I

En medio del camino de nuestra vida
me extravié por una selva oscura,
que la vía directa era perdida.

Ah, cómo decir qué era es cosa dura
esta selva salvaje, áspera y fuerte,
que en el pensar renueva la pavora.

Tan amarga es que es poco más la muerte;
mas por tratar del bien que ahí encontré,
otras cosas diré que vi por suerte.

No sabría bien decir cómo ahí entré,
tan lleno de sueño estaba hasta el punto
que la vía verdadera abandoné.

Y como aquel que tras lucha afanosa
huyó fuera del piélago a la riba,
se vuelve al agua peligrosa y mira,

así el alma mía, todavía fugitiva,
se vuelve atrás a remirar el paso,
del que nunca salió persona viva.

Tiempo era del principio de la mañana,
el sol lucía con aquellas estrellas
que estaban con él, cuando el amor divino
movió primero aquellas cosas bellas... ;

Cuando vi, a este hombre en el desierto,
le grité: "¡Miserable de mí,
quienquiera que seas, sombra u hombre cierto!"

Me respondió: "Hombre no soy, hombre ya fui,
mis padres fueron lombardos,
ambos por patria mantuanos.

Nací bajo Julio, aunque fue tarde,
viví en Roma bajo el buen Augusto
en el tiempo de los dioses engañosos.

Poeta fui, y canté de aquel justo
hijo de Anquises, que vino de Troya,
cuando fue incendiada la soberbia Ilión.

Mas tú, ¿por qué retornas a la pena?,
¿por qué no sales al monte deleitoso
que es principio y razón de la alegría?"

"¿Entonces eres aquel Virgilio, aquella fuente
que expande al hablar tan largo río?",
le respondí con vergonzosa frente.

.....

(LA LOBA)

Es tan malvada y ruin su naturaleza,
que nunca satisface su bramante vigilia,
y después de comer tiene más hambre.

Muchos son los animales con los que se junta,
y serán más aún, hasta que el Lebrél
venga, y le dé muerte dolorosa.

Éste la cazaré por toda villa,
hasta que la devuelva al infierno,
de donde la sacó la envidia.

.....

Oirás el desesperado griterío,
verás los antiguos espíritus dolientes,
que la segunda muerte lloran cada uno;

y verás a los que están contentos
en el fuego, porque esperan llegar,
cuando ello sea, a la beata gente.

.....

(DIOS)

En todas partes impera y aquí rige;
aquí está su ciudad y aquí su trono alto:
¡oh feliz aquel a quien elige!

CANTO II

.....

"Mas yo, ¿por qué he de ir?, ¿quién lo concede?
No soy Eneas: yo no soy Pablo:
nadie me cree digno de tan alto credo.

Porque si al devenir yo me abandono,
temo que la venida sea muy loca:
sé sabio: entiende lo que no razono."

Y como aquel que olvida lo que quiere,
y por nuevo pensar cambia de propósito,
que fue en el comenzar tan tolerable,

tal hice yo en aquella oscura costa:
porque, pensando, consumí la empresa
que fue en su comenzar apresurada.

III

Y pensando en ella, me sorprendió un suave sueño, en el que se me apareció una visión maravillosa: me parecía ver en mi aposento una nube de color de fuego, dentro de la cual distinguí la figura de un señor de pavoroso aspecto para quien lo mirase. Parecíame tan contento, que era cosa admirable: en sus palabras decía muchas cosas, de las que no entendía sino muy poco; entre las que entendí éstas: *Ego dominus tuus*. En sus brazos me parecía ver a una persona dormir desnuda, apenas envuelta en un paño ligeramente rojo; a la que mirando muy atentamente descubrí que era la mujer del saludo, aquella que un día antes se había dignado saludarme. En una de sus manos me pareció que él tenía una cosa que ardía toda; pareciéndome que me decía estas palabras: *Vide cor tuum*. Y después de estar así un tiempo, parecióme que despertaba a aquella que dormía; y tanto se esforzaba con su ingenio, que le hacía comer esta cosa que en su mano ardía, lo cual ella comía

dubitativamente. Luego de esto, tardó poco su alegría en convertirse en amarguísimo llanto: y así llorando recogía a esta mujer entre sus brazos, y me parecía que con ella se elevaba al cielo; por lo que yo sentí tan gran angustia, que mi débil sueño no pudo sostenerse y se rompió, y fui despierto. E inmediatamente comencé a pensar; y encontré que la hora en la cual se me había aparecido esta visión era la cuarta de la noche: de tal modo que manifiestamente comprendí que era la primera hora de las nueve últimas horas de la noche.

Pensando en esto que se me había aparecido, me propuse hacérselo saber a muchos, que eran en aquel tiempo famosos trovadores; y como ya había yo observado por mí mismo el arte del decir palabras por la rima, me propuse hacer un soneto, en el cual yo saludase a todos los fieles del Amor; pidiéndoles que juzgasen mi visión, escribí para ellos lo que había visto en mi sueño, comenzando este soneto:

A toda alma presa y corazón gentil
a cuyo juicio va el decir presente,
para que me develen su aparente
salud, en loor de su señor, que es Amor.

Ya se habían terciado las horas
del tiempo en que cada estrella es luciente,
cuando apareció Amor súbitamente,
cuya esencia nombrar horror me causa.

Alegre semejaba Amor teniendo
mi corazón en su mano, y en sus brazos
mi señora en un paño durmiendo;

que al despertar del corazón ardiendo
pacía humildemente temerosa:
mientras girar a él lo vi llorando.

Este soneto se divide en dos partes: en la primera saludo y pido respuesta, en la segunda señalo a lo que se debe responder. La segunda parte comienza así: *Ya se habían* (v. 5).

A este soneto respondieron muchos y en diverso sentido; entre los cuales respondió aquel que yo llamo el primero

de mis amigos; que escribió un soneto que comienza: *Viste a mi parecer todo valor*. Y esto fue casi el principio de la amistad entre él y yo, cuando supo que yo era aquel que se lo había mandado. El verdadero sentido del sueño no fue visto entonces por ninguno, pero ahora es manifiesto hasta para los más simples.